

El devenir totémico del padre

El duelo por el padre imaginario, entre complementariedad fantasmática y don filiatorio

Carlos A. Basch

Hay un momento de particular importancia en las vicisitudes resolutorias del complejo de Edipo masculino cuando el niño, tomado en el masoquismo moral como incidencia del superyó, se ofrece fantasmáticamente como objeto de goce sádico del padre imaginario. Si tal complementariedad está “demasiado bien lograda” dice P. Julien¹, cabe hablar de una “complicidad en el goce” que puede hacer encallar el duelo por el padre imaginario; y agrega: “es el único caso en que se puede hablar de relación sado-masoquista sin abuso de lenguaje y sin facilismo psicologista”.

Es necesario subrayar que el duelo por el padre imaginario, punto de inflexión en ese acontecimiento estructurante que Freud designara como sepultamiento (*Untergang*) del Complejo de Edipo, al dejar en evidencia un margen de inadecuación en cualquier objeto de satisfacción, resulta esencial a todo duelo ulterior; en tanto que este, por interpelar la totalidad de la estructura, habrá de poner inexorablemente al descubierto (sea cual fuera la pérdida que lo desencadenara) la falta del padre (abriendo el genitivo –del padre– a sus dos direcciones de lectura: no tan solo como ausencia eventual, sino como falta siempre inherente –incluso en su acepción de pecado– al padre, por “presente” que esté).

La fallida obturación neurótica de esa falla subtiende las religio-

¹ Julien, P.: *El manto de Noé. Ensayo sobre la paternidad*. Alianza Estudio, Buenos Aires, 1993.

nes monoteístas, no menos que los fenómenos de masa que a partir de la modernidad tardía tomaran su relevo, en el horizonte del “padre, ¿por qué me has abandonado?”², cuyo enlace al “padre, ¿no ves que estoy ardiendo?”³ del conocido sueño citado por Freud ubicara Lacan⁴ como nodular al malestar en la cultura. Acorde a la estructura del sujeto abismada en la falta como su fundamento, todo padre resulta así ser ante todo un hijo; e incluso un hijo abandonado, al que en definitiva le falta padre, eslabonado en última instancia a través de la cadena filiatoria a la figura del protopadre primitivo, devenido totémico tras su ingesta mítica⁵.

En lo que sigue intentaré abordar por vía de un breve recorte clínico algunas incidencias en que la puesta en movimiento, por obra de la entrada en análisis, de una tal complementariedad “lograda” –y con ello del trabajo de duelo por el padre imaginario– pareció reabrir la perspectiva del lazo filiatorio, que arroja la figura del “padre gozador” a la anterioridad mítica.

Se trata de un caso que tras un primer tramo que alternaba momentos de muy intensa angustia con frecuentes episodios de *acting out*, viró a partir de un cierto momento a modos no tan ‘salvajes’ de encaminamiento transferencial; un viraje que interroga diferentes modos de amor al padre como polaridades entre las que transcurre la experiencia analítica.

En sus 40 años, casado, con dos hijos, al inicio del tratamiento el paciente sufría ataques de celos, por momentos torturantes. Solía preguntar en un locutorio cercano a su casa si su mujer llamaba a hombres desde allí; o la llamaba él al trabajo con cualquier excusa; o iba a escondidas a verificar si ella estaba donde le había dicho que iba a estar. Todo con gran angustia y sufrimiento, por más que afirmaba

² Evangelio Según San Mateo 27:46.

³ Freud, S. (1899): La interpretación de los sueños. *A.E.* tomo V. Buenos Aires, 1979.

⁴ Lacan, J. (1964): *Seminario XI Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Barral, Barcelona, 1977.

⁵ Freud, S. (1913): Totem y tabú. *A.E.* tomo XIII. Buenos Aires, 1980.

a la vez estar seguro de que ella no lo engañaba. Él por su parte sí lo hacía con alguna frecuencia, en relaciones ocasionales que nunca pasaban a mayores, en las que no ponía en juego nada importante más allá del examen de ‘masculinidad’ que parecía rendir de ese modo ante sí mismo.

Solo después de unos cuantos meses de comenzado el tratamiento mencionó, al principio con visible dificultad, que el padre, ya jubilado por entonces, no siempre tuvo trabajos honestos. Cuando él era chico solía trabajar de chofer de camiones, autos, y diferentes transportes; pero también manejaba autos “para gente que salía a robar”. Preguntado si eso implicaba que formaba parte de una banda de delincuentes, la evidente sorpresa y el tono balbuceante de la respuesta dejaron traslucir el nivel de desestimación propio de algo a la vez sabido desde siempre y nunca pensado con detenimiento.

Para entonces volvió asimismo sobre una vaga mención, hecha muy al comienzo, a un negocio emprendido algunos años atrás en sociedad con el padre, al parecer terminado abruptamente por una “estafa” de que habían sido objeto.

Lo que se fue haciendo evidente de a poco es que en esa ocasión de algún modo el padre lo había engañado a él : habían comprado entre los dos una pequeña empresa, pero como ciertos antecedentes judiciales impedían al padre tener bienes a su nombre fue él quien puso la firma; y cuando al poco tiempo aparecieron deudas preexistentes prácticamente impagables, se encontró involucrado en un riesgo penal por bastante tiempo, mientras un equipo de abogados manejaba los tiempos de la causa hasta su prescripción.

Así pues, había un nexo en principio impensado entre celotipia y vínculo con el padre: un núcleo de verdad en sus temores de que la mujer lo engañe (lo cague, decía), en la medida en que de hecho había sido engañado (cagado) por el padre.

A estas correspondencias se agregó una nueva cuando en una sesión, tras quejarse de su mujer por gastadora (“cuando sale con la tarjeta es un peligro”) se refirió a cómo el padre lo gastaba de chico, siempre burlándose de las cosas que él no hacía bien mientras le

mostraba su superioridad (“ves, así se hace...”), particularmente en el terreno de las habilidades manuales y los deportes. Preguntado tras el subrayado del equívoco si consideraba que la performance de un adulto se puede poner en un mismo plano de comparación con la de un chico, admitió –otra vez, con evidentes signos de sorpresa y confusión– que formulado de ese modo resultaba obvio que no; pero que él nunca lo había pensado así.

Los ataques de celos disminuyeron a partir de un momento en intensidad; y para entonces empezó a mencionar –al principio con marcada dificultad– que a menudo experimentaba la compulsión, casi siempre volviendo de noche a su casa después de cenar con su grupo de amigos, de buscar algún contacto con travestis. Solo toqueteos y sexo oral, “algo rápido, hago lo que tengo que hacer y listo”.

También por esa época se hizo insistente su inquietud por la falta de inclinación al deporte en su hijo varón preadolescente, inquietud enraizada en teorías sexuales infantiles y ecuaciones del estilo deportista/masculino o (al revés) no interesado en deportes/miedoso/maricón. Fue por entonces que a propósito de los episodios con travestis –cuyas menciones se habían hecho más frecuentes y más angustiadas– le sugerí que acaso de algún modo esos encuentros apuntaban a poner en evidencia cuál de los protagonistas era el más masculino.

Tal como había ocurrido un tiempo antes con los celos, el tema de los travestis perdió entonces buena parte de su carga de angustia; y una nueva circunstancia pasó a prevalecer en su discurrir; solo que con diferente modulación de la angustia, no tan volcada al *acting out*. Jubilado desde hace años, el padre solía ayudarlo a menudo con arreglos en la casa. Se tratase de carpintería, electricidad o incluso plomería, siempre había alguna reparación o tarea de mantenimiento por hacer, arreglos que a menudo llevaban varias horas: “me ayuda, me ahorro unos mangos y de paso él se siente útil”. Ahora bien, esas presencias del padre en la casa se fueron tornando una molestia cada vez mayor, tornándose sintomático algo hasta entonces “naturalizado”. Con cierto tono de culpabilidad admitió por fin que ya no soportaba la aparición del padre en su casa a cualquier hora (incluso cuando él

no estaba y sin aviso previo, ya que de hecho —me hizo saber entonces— tenía una llave). Sobre todo, desde un día que la esposa no fue a trabajar y el padre, “buscando alguna herramienta”, entró al dormitorio cuando ella dormía la siesta. Intervine entonces diciendo que seguramente el padre no tenía la llave sin su consentimiento, de modo que si quería que deje de tenerla iba a tener que pedírsela de vuelta.

Ese momento pareció delimitar un antes y un después, como si algo hasta entonces intramitable hubiera sido tocado, con la consiguiente afectación del fantasma (que recién en ese momento se hacía notorio como tal) de omnipotencia paterna. A modo de un circuito de ida y vuelta entre lectura y puesta en acto de la relación entre el padre y la imposible representación de la muerte, el pasaje del predominio del acting a la transferencia más encaminada en la falta simbólica, sobre el horizonte de las faltas del padre, pareció articular mejor una diferencia inherente a la figura del padre: entre el padre inmortal/omnipotente al que se cede la propia masculinidad en el horizonte de la transferencia salvaje; y el prometido a la muerte, al que sobre fondo de la angustia y el deseo se le pueden retirar las llaves. Una diferencia que hace a la lectura, como puesta en acto del lazo filiatorio.

Un pasaje que conlleva el franqueamiento de angustia por dejar atrás la posición hasta entonces mantenida en el plano fantasmático (al pedirle al padre la llave de la propia casa, con las implicancias que se siguen en lo que hace al sostenimiento de la propia posición sexual). Un franqueamiento que adquiere valor de acto (en la medida en que deja al descubierto la falta del Otro, produciendo un sujeto no preexistente)⁶.

En cuanto a lo que con anterioridad a dicho franqueamiento golpeaba las puertas del Otro en el acting out, abre al horizonte de un don filiatorio como transmisión de la falta del padre que el sujeto no terminaba de acreditar, con efectos de vacilación (vicisitudes de inves-

⁶ No siempre fácil de distinguir por completo del *acting out* (reforzamiento mostrativo de la escena dirigida al Otro que apunta a restablecer un lazo simbólico inestable cuando vacila la relación a la falta); y el pasaje al acto (cuando dicha relación a la falta del Otro queda del todo abolida y el objeto no puede sino “caer” fuera de la escena, identificado al resto).

tidura/desinvestidura) de la marca de negatividad por la que la figura del protopadre es arrojada a una anterioridad mítica. Una negatividad que de algún modo se hace necesario revalidar en todo análisis, toda vez que el amor al padre imaginariamente onnipotente tiende a dejar en suspenso el nexo entre prohibición y ancestro totémico.

Bibliografía

- JULIEN, PH. (1991): El manto de Noé. Ensayo sobre la paternidad. Buenos Aires: Alianza Estudio, 1993.
- FREUD, S. (1900): "La interpretación de los sueños". Buenos Aires: A.E. tomo V, 1979.
- (1913): "Totem y Tabú. Buenos Aires: A.E. tomo XIII, 1980.
- LACAN, J. (1964): Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Barcelona: Barral, 1977.